

al Patriarca Juan que usase de condescendencia con Alejandro. Le escribió que este viejo solo aspiraba á morir tranquilo: que si no sometia su juicio, se abstenia á lo menos de dogmatizar, guardaba un silencio respetuoso, y no queria ni podia mover la menor disension. Tambien escribieron á Alejandro los oficiales del Emperador, encargados de la egecucion de sus órdenes en Oriente, que no podian menos de espelerle de su Silla, si no se sujetaba al Concilio de Éfeso y comunicaba con Juan de Antioquia. Mas todo fue en vano: Alejandro sacrificó su estado á su obstinacion, y dejó su Obispado sin mostrar el menor sentimiento.

Pero su diócesis quedó sumida en la mayor consternacion: todo era gemidos y lágrimas en la ciudad, y parecia que cada casa habia perdido su propio dueño: todos ensalzaban sus virtudes, su beneficencia y todas sus grandes cualidades. De la tristeza pasaron al furor, y si el Gobernador Libiano no se hubiese acomodado con prudencia á las circunstancias, hubiera sucedido sin remedio una violenta sedicion. El mismo Gobernador enternecido á vista de la desolacion de este pueblo, se encargó de su peticion para el Patriarca, y la apoyó cuanto pudo, acompañándola de una relacion de las cosas que á él mismo le habian conmovido. Juan contestó que habia probado todos los medios de dulzura, y que Alejandro no podia atribuir su desgracia sino á su obstinacion y altaneria; „mas quiero no obstante, dijo, poner aun su suerte en sus manos. Si quiere reunirse á la Iglesia,

yo le restableceré con gusto en su Silla.” Perseveró Alejandro en su pertinacia, y quedó depuesto á pesar de su silencio y su reserva exterior. Le confinaron al Egipto, donde siguió reuniendo á la heregia todas las apariencias de virtud: terrible ejemplo de que se han servido todas las sectas y que ha sido siempre peligroso. Tan necesario es fortificar continuamente á los fieles contra esta tentacion delicada, é inculcarles de continuo sobre la fe esta regla del Evangelio: *El que no oye á la Iglesia, aunque parezca un ángel del cielo, su doctrina debe ser para nosotros como la de un pagano ó publicano.* sup. Babil.

45. Nestorio fue arrojado de su monasterio de Antioquia al año siguiente de 436, donde habiéndole dejado tranquilo cuatro años no cesaba de propagar sus impiedades, en vez de hacer penitencia (1). Desterráronle á la ciudad de Oasis, en Egipto; y la órden del destierro comprendia la confiscacion de los bienes del heresiarca á favor de su Iglesia. El lastimoso estado á que se vió reducido, no bastó para hacerle retractar sus blasfemias. Habiendo sido saqueada por los Blemios, pueblo vagamundo de la Etiopia, la ciudad y territorio de Oasis, anduvo algun tiempo errante por los desiertos con muchas incomodidades, y creyó en fin haber encontrado un asilo en Pano-  
pla. Mas era un objeto fatal de maldicion temido en todas las provincias; y así el Gobernador le obligó á alejarse, y aun le hizo conducir por fuerza á unos parages muy remotos. Por fin, creciendo su impie-

(1) *Evagr. lib. 1. hist. cap. 7.*

dad con sus males, y marcado, por decirlo así, desde este mundo con el sello de la reprobacion, es comun opinion que su cuerpo se pudrió estando vivo, y que los gusanos royeron su lengua, instrumento de tantas blasfemias. Todavía forzado á huir en tan horrible estado, murió cayendo del caballo.

Fueron tratados los demás Prelados hereges con un rigor proporcionado al grado de su culpa. Cuéntanse, además de Nestorio y Alejandro, catorce Obispos que mostraron en la defensa del heresiarca una firmeza inalterable, y cierta especie de vana generosidad, que sin duda contribuyó mucho á hacer esta secta tan numerosa. Por otra parte se acusaba á Cirilo su enemigo de una fiereza de carácter y de una conducta imperiosa, que en efecto hubiera dejado un lunar á su memoria; si sus enemigos no hubieran sido los autores de estas acusaciones, y si él mismo no hubiese confundido tan completamente la impostura, tanto con los pasos que dió su humilde caridad para reducirlos, como por las demás eminentes virtudes que le hicieron poner en el número de los Santos. Ya por causa de heregía, ó ya por la contumacia cismática con que algunos sin abrazar los errores de Nestorio se negaron á comunicar con los Patriarcas de Antioquía y Alejandría, fueron depuestos todos los Obispos refractarios. En vano fueron confinados hasta seis de ellos; pues esta severidad demasiado tardía no produjo ningun efecto. El error habia echado á la sordina profundas raíces en la Cilicia, en donde nació, y donde el tiempo, y el secreto le ha-

bian fortificado. Melecio de Mopsuesia, mientras que sus comprovinciales tornaban en gran número al seno de la unidad, desechó constantemente la union.

46. Teodoro su predecesor, seductor de Nestorio y seducido por Diodoro de Tarso, habia como este último depositado la impiedad en unos escritos tanto menos sospechosos, cuanto sus autores muriendo en la comunión de la Iglesia, habian dejado de ser en todo el Oriente la mayor nombradía de virtud y de doctrina. Por lo que viendo los Nestorianos los escritos y el nombre de su maestro absolutamente infamados, se dedicaron á estender los de Teodoro y Diodoro que aun estaban libres de censura. Sus libros eran muchos, aunque no existen sino algunos fragmentos conservados por sus acusadores ó por sus apologistas. Para propagar mas y mas estas obras de tinieblas, las tradujeron en Siriaco, en Armenio y aun en Persa: funestas multiplicaciones que por desgracia tuvieron sobrado efecto, á pesar de la vigilancia de Cirilo, de Acacio de Melitina y de Rábula de Edesa. Vieron estos dos últimos antes de morir que el contagio inficionaba sus provincias, y que desde allí amenazaba á todo el Oriente. Divulgóse este error impío hasta lo interior de la India, y se arraigó tanto en los países entre el Tigris y el Eufrates, que se estableció allí un Patriarca Nestoriano con una multitud de Obispos y Arzobispos que se han perpetuado hasta hoy dia (\*).

(\*) Desde el principio de su error trabajaron los Nestorianos por estender sus escritos de impiedad hasta en las provincias más lejanas. Aun antes de la celebracion del santo Concilio de Éfeso



47. Empero donde mas deseaban los novadores establecer su doctrina y su ministerio era en la capital del Imperio. Habiendo muerto el Patriarca Maximiano

llegó á nuestra España, tan distante de Constantinopla, la noticia de la heregía; y no faltaron algunos débiles en la fe, que para su mal de ellos adoptaron los nuevos errores: bien que su número fue muy corto é insignificante. Así se deduce claramente de la carta que escribieron dos piadosos Españoles (al parecer monges, aunque no consta con toda certeza su estado ó profesión) á Capreolo, Obispo de Cartago, ilustra entonces en santidad y ciencia. En ella dicen Vidal y Constancio al Primado de África, que existian algunos entre ellos, que negaban el misterio de la Encarnacion, afirmando que el nacido de María Virgen era un puro hombre, y que por esto no se debía llamar á María Madre de Dios. „Por lo que, añaden al fin de su carta, suplicamos encarecidamente á vuestra beatitud, que instruya nuestra ignorancia, y nos esponga la creencia de la Iglesia católica sobre este gran misterio.”

Capreolo respondió á los religiosos Españoles con una dilatada epístola, en la que demuestra y confirma la verdad católica con tanta solidez y erudición, que pudo muy bien decir el Cardenal de Aguirre despues de otros sabios, que apenas hay escrito mas decisivo y sólido contra el nestorianismo que la carta de Capreolo. Algunos críticos han supuesto esta carta anterior al Concilio Efesino; pero por la misma se manifiesta que fue escrita despues de publicado aquel Sinodo y su sentencia contra Nestorio. *Jam enim, dice, intra orientis partes, ubi primum pestis ista surrexit, congregata gloriosa Synodo Sacerdotum, cui etiam legatio nostra non defuit, in vestibulo cum suo auctore atque assertore compressa, et radio apostolicae lucis extincta est.* Esta legacion de Capreolo al Sinodo de Oriente no puede ser otra que la del Diácono Besula, enviado por los Africanos al Concilio de Éfeso: luego escribia aquel Obispo á los Españoles despues de dicho Concilio. Pueden verse ambas cartas en la coleccion de Concilios de España del Emmo. Card. de Aguirre, tom. 2, pág. 195 y sig. Roma 1694.

no á los dos años despues de su eleccion, y viviendo aun Nestorio, osaron intentar sus satélites restablecerle en su Silla. Su número era muy grande en Constantinopla, no obstante que dominaban allí los Católicos; y reuniéndose en muchos parages de la ciudad, pidieron el restablecimiento del seductor con clamores y amenazas tan insolentes, que el Emperador mismo temió las consecuencias de su furor. Pero Teodosio tomando consejo, desconcertó sus medidas, é hizo elegir y consagrar al momento á Proclo, antes que se celebrasen los funerales de Maximiano, á que asistió ya el nuevo Patriarca.

No podia ser mejor la eleccion para reunir todos los corazones: pues tenia Proclo un carácter de dulzura y afabilidad que se grangeaba todas las voluntades, y una elocuencia comparable á la del gran Crisóstomo, cuya memoria veneraba singularmente; y tanto por esta como por su ingenio y piedad, era ya amado de todos los ortodoxos de Constantinopla (1). No obstante, habiendo sido ordenado en otro tiempo para la Silla de Cízico, cuyo pueblo harto diverso del de la capital se habia negado á admitirle, quisieron algunos confundir su elevacion al patriarcado con aquellas traslaciones ambiciosas, á que la Iglesia se habia opuesto siempre. Mas las cartas del Papa que habian decidido desde la deposicion de Nestorio, que se podría poner en su lugar un Obispo trasladado de otra Iglesia, quitaron esta dificultad. Con esta ocasion Sócrates escolástico, es decir, jurisconsulto ó abogado,

(1) *Collat. Lup. ad Synod. Baluz. cap. 150.*

no menos versado en las materias de derecho que en los negocios de la Iglesia, y cuya historia escribió desde Constantino hasta muy entrado el reinado de Teodosio el jóven, cita catorce ejemplos de traslaciones de Obispos hechas igualmente sin duda por el bien de la Iglesia, sin lo cual hubiera sido poco consiguiente (1). Porque si no es justo que las leyes generales impidan un gran bien, que solo puede alcanzarse con una prudente escepcion de la regla, tampoco son legítimas estas escepciones cuando no acarrean el mayor bien.

48. El principio del episcopado de Proclo adquirió celebridad por una conversion ilustré; pero no quiso el cielo que fuese solo obra de los Prelados ni de los Doctores: la gloria principal estaba reservada para una muger, que habia preferido la humildad de la cuna del Redentor á todas las grandezas de los antiguos Romanos (2). Pasó la jóven Melania desde su retiro de Belen á Constantinopla, á ruegos de su tio Volusiano, Prefecto de Roma y Embajador de Valentiniano cerca de Teodosio. Ya en otro tiempo exhortó San Agustin á Volusiano con muchas cartas enérgicas, pero sin efecto alguno, á que abrazase el cristianismo. Cuando llegó el punto de la gracia, pasó Melania á la corte con una facilidad que solo podia venir del presentimiento que tenia de la fidelidad de su tio en corresponder á ella. En todos los puebls por donde transitó, los Obispos, el clero, los mon-

(1) *Socr. lit. 7. hist. cap. 36.* (2) *Sar. ad 31. Jan. vit. S. Melan.*

ges y las vírgenes se esforzaban á porfía á ponerle de manifiesto con los honores que la tributaban, que el sacrificio de las grandezas mundanas hecho á Jesucristo es mucho mas honroso que las grandezas mismas. Llegando á Calcedonia, y separándola solo el Bósforo de las vanidades del siglo siempre tan terribles á la medrosa inocencia, se retiró á la Iglesia de la illustre mártir Santa Eufemia, para pedir al autor y remunerador del triunfo de la Santa, que la diese igualmente fuerza para sostenerse á sí misma y triunfar de la infidelidad. Despues de su oracion entró llena de gozo y confianza en la ciudad imperial, donde Volusiano estaba peligrosamente enfermo. Cuando vió á su sobrina tan aniquilada por los ayunos y tan miserablemente vestida, ¡qué mudanza es esa, exclamó, mi amada Melania, y qué otra vuelvo á verte de como yo te dejé! No haria yo, contestó Melania, este desprecio de mi cuerpo, no menos que de todas las vanidades del mundo, si no estuviese cierta de recibir despues de esta corta vida un completo y divino resarcimiento de cuanto he dejado. Siempre que se presentaba ocasion favorable le repetia los mismos discursos, y cuasi no se apartaba de su lado, manifestándose siempre más convencida y mas vivamente penetrada de las máximas de la Religion Cristiana. También hacia venir, pero sin afectacion y como por casualidad, algunos eclesiásticos sabios y celosos, y sobre todo al elocuente Patriarca para que la ayudasen. Cedió por fin Volusiano á tantos esfuerzos y deseos; y abandonando los vicios no ménos que las su-

persticiones de la idolatría, recibió el bautismo con edificación de todo el Imperio. Fue tan pura su conversión, que sabiendo antes de haberla declarado que su sobrina quería valerse también del Emperador, dejos de hacer mérito de ella con el Príncipe, y atribuirle la gloria, publicó su resolución, temeroso de que se creyese que en su conversión habia entrado mas el deseo del favor del Príncipe que el convencimiento de la verdad.

Melania tuvo muchas conversaciones con el Emperador y la Emperatriz por el bien de la Religión, y en particular por la defensa de la fe contra las nuevas heregías. Así que vió cumplidos felizmente sus piadosos intentos, no teniendo otro interés en la corte, se volvió á su humilde retiro, de donde solo la caridad la habia hecho salir.

49. Proclo ejecutó otra empresa que le engrandeció en gran manera la estimación y el amor de su pueblo, en el que la memoria de San Crisóstomo era cada dia mas respetable. Un dia que el Patriarca habia desde el púlpito el elogio de su ilustre predecesor, aplaudiéndole todo el auditorio con palmadas y con mil aclamaciones, pidió al orador que con tanta justicia apreciaba el mérito de Crisóstomo, que le restituyese este Padre. Proclo se sirvió de este medio para reunir á la Iglesia un partido numeroso, que por adhesión al Santo seguia desde su muerte celebrando aparte sus asambleas. En unas circunstancias en que estaba cercado de sectarios artificiosos y llenos en la apariencia del mismo respeto para con el Santo, cre-

yó el Patriarca con razón, que la conformidad de sentimientos en este punto se estenderia á todos los demás. Sus reflexiones las participó al Emperador, y le propuso hacer traer el cuerpo de San Crisóstomo de Comana en el Ponto, donde le habian enterrado, para satisfacer á los deseos de unas ovejas que mostraban tanto ardor, y tenían tan justos motivos de venerarle. El Emperador asintió á su propuesta con el mayor agrado, y se hizo la traslación con tanta pompa como presteza.

Quando llegó á noticia de los ciudadanos que se acercaban unas reliquias tan amadas, salió toda la ciudad á recibirlas. Desapareció en un punto el Bósforo bajo la infinita multitud de barcos y naves que le cubrían: no se veía el mar, sino una larga serie de calles y plazas iluminadas con orden, y parecidas á los mejores cuarteles de la ciudad; de modo que cuando el Santo volvió vivo y tan lleno de gloria de su primer destierro, no era tanto el aparato como ahora. Con esta religiosa pompa fueron llevadas las reliquias por todas las calles principales de Constantinopla, y por fin se colocaron en la Basilica de los Santos Apóstoles. El Emperador besó con humildad la urna del Santo, como para desagraviarle en nombre de su padre, y en especial de su madre Eudisia que le habia ofendido por no conocerle bastante. Se cumplió lo que habia antevisto Proclo; pues esta magnífica ceremonia juntó á la Iglesia todas las personas antiguamente separadas de ella, y retuvo á otras muchas. Celebróse esta traslación el año 438 el 27 de

Enero, dia en que los latinos veneran la memoria de San Juan Crisóstomo.

50. Hízose tambien en el mismo patriarcado de Proclo la traslacion de los célebres Mártires conocidos por el nombre de los cuarenta coronados, sacrificadós por el tirano Licinio en Sebaste de Armenia (1). Despues de haber tenido la Princesa Pulqueria revelacion del lugar donde descansaban estas apreciables reliquias, mandó cabar allí, y se encontró una especie de féretro cubierto de una losa de mármol, en el cual habia dos urnas de plata que contenian sus restos, y estaban llenas de muchos perfumes. No se sabe como se habian perdido despues de haber estado espuestas en público, como lo testificaba una pequeña abertura próxima á las mismas reliquias, por donde los fieles tocaban en ellas sus lienzos segun era costumbre. Mandólas colocar la Princesa en el lugar mas distinguido de la Iglesia en una caja riquísimamente adornada: ceremonia que se hizo igualmente con un magnífico aparato.

61. Entonces partió para la tierra Santa la Emperatriz Eudisia, muger de Teodosio, sin que se digese que tenia otra causa este viaje, que el voto que habia hecho de visitar los Santos lugares, si tenia la satisfaccion de ver á su hija casada (2). Esta Princesa llamada Eudisia como su madre acababa de contraer matrimonio con el jóven Emperador Valentiniano, que no tenia sino diez y ocho años, y vino

(1) Sozom. lib. 9. hist. cap. 2. (2) Socr. lib. 7. hist. cap. 47.

en persona á Constantinopla para este matrimonio; pero se atribuía ocultamente á una causa muy distinta la peregrinacion de la Emperatriz. Habia tratado literariamente á un cortesano llamado Paulino, cuyo mérito y talento habia apreciado siempre. Se dice, que un dia le envió algunas frutas de singular hermosura, que el Emperador le habia enviado á ella misma. Parecióle á Paulino, sin conocer al primer autor del regalo, digno de su Soberano y se lo presentó. Esto fue bastante para escitar celos en el endeble corazon de Teodosio; y ya fuera casual accidente ó egecucion secreta, Paulino murió al dia siguiente, y de allí á poco partió la Emperatriz para Jerusalem. Despues sufrió muchos trabajos, pero sostuvo con fortaleza estas desgracias; y con su modestia, constancia, piedad y reserva, recobró insensiblemente toda la confianza de su esposo. Hizo presentes dignos de ella, no solo á los templos de Jerusalem, sino tambien en todas las ciudades por donde transitó á la ida y á la vuelta. Edificó en Palestina muchos monasterios para los Cenobitas, y mucho mayor número de lauras para los Anacoretas. Reedificó las murallas de la ciudad Santa, y se llevó consigo algunas insignes reliquias de San Estévan que seguian teniendo la mas grande veneracion.

52. Sirvióse el Emperador por su parte del freno de las leyes para reprimir el entusiasmo y la presuncion de los Judíos, que acababan de dar en la isla de Creta un egemplar cuasi increíble de los estravíos en que puede precipitarse un pueblo arrebatado por

la seducción (1). Un viejo de semblante augusto y que decia ser Moisés, persuadió á la gran multitud de Judíos de aquella isla, que abandonaran los establecimientos que tenian allí para seguirle á la tierra prometida á imitacion de sus mayores. Les ofreció reiterar á su favor todos sus antiguos prodigios, especialmente el de abrirse el mar ante ellos y hacerles pasar á pie enjuto. Un año empleó en recorrer el pais y en aumentar su partido, y cuando llegó el dia fijado para la marcha, los reunió á todos, hombres, mugeres y niños en una multitud innumerable sobre un promontorio elevado. Mandóles entonces, con ademanes y voz de Profeta, echarse sin miedo en medio de las olas: los primeros obedecieron, pero los que seguían, viéndolos sumidos en el mar sin que pareciese ninguno, reconocieron que los habian engañado, y mudándose su confianza en un terrible resentimiento, buscaron por todas partes al impostor, y no pudieron encontrarle creyendo muchos que era un demonio. Publicó una ley contra ellos y contra los Samaritanos el Emperador para contener á lo menos á los Judíos en los antiguos límites: les prohibió edificar nuevas sinagogas, ni pervertir á ningun Cristiano, y los excluyó de toda especie de oficio público. La misma ley prohibe á los Paganos con pena de muerte el uso de los sacrificios, y renueva todas las penas decretadas contra los antiguos hereges, en especial contra los Maniqueos, siempre los mas odiosos, como los mas corrompidos é impíos.

(1) *Theod. Lect. in fine.*

53. El miedo de los mas rigurosos castigos no pudo desterrar del todo las supersticiones Paganas. El mal tenia su origen en las antiguas preocupaciones que habian echado hondas raices; y mientras que por complacer á los Príncipes, se conformaban al culto exterior, estos falsos cristianos siempre que podian volvian á las prácticas mas sacrilegas de la idolatría, cuya impiedad y absurdo nunca habian conocido con perfeccion. Atrevíanse ciertos gentiles á jactarse de que aun no se habia contestado á los escritos de Juliano el apóstata; y para quitarles este pretesto inútil, San Cirilo que estaba al frente de todos los grandes negocios de la Religion, contestó á ellos de una manera digna de su nombradía, en diez libros dirigidos al Emperador Teodosio. El mismo Teodoro dió á luz con el propio intento en doce libros su obra de la curacion de las enfermedades espirituales de los gentiles, en la cual sábiamente se sirve de la misma filosofía de los Paganos para establecer las verdades evangélicas. Analiza y desvanece de todo punto las objeciones ordinarias de los infieles, á saber, que los Cristianos eran gentes simples y crédulas, que no hacian uso alguno de la razon y creían ridiculeces bajo la sola palabra de sus doctores: despreciables visionarios, los llamaban principiando desde los Apóstoles, á los que apellidaban bárbaros é ignorantes. Despues de confundir esta acusacion de ignorancia, desarrolla la mas estensa y exacta erudicion; y manejando con igual destreza que profundidad las